

difícil que, después que salió del puerto del Bautismo, no naufrague en el océano inmenso y borrascoso de las pasiones (*).

No: Jesucristo, que levantó al hombre de su grande y primitiva caída, no podía abandonarle en su caída segunda, porque esto no podía avenirse con su misericordia y su amor hacia él, ni con la consecuencia y sabiduría infinita de sus obras; y hé aquí que nos parece ver á todos aquellos infelices culpables que, atentos á las palabras del Salvador, esperaban con ansia una que les consolase perdonándolos, saltar de contento y alegría al oír aquel misericordiosísimo *quorum remisistis*, dirigido á sus Apóstoles; palabras proferidas, y las únicas proferidas, por el Salvador para consolación, remedio y purificación jurídica de la culpa arrepen-tida; y palabras que fueron como el eterno eco del perdón universal otorgado á todos los hombres desde la cruz. ¡Ah! era muy justo que la virtud que tantos derechos tiene al contento y la alegría, mayormente si es perseguida, fuese consolada de mil modos; así como era muy justo que la culpa que ningún derecho tiene á la felicidad, no fuese consolada de modo alguno. Pero Jesucristo, que todo es amor hacia los hombres, cambió esta justicia en misericordia, y no quiso abandonar al delincuente al tormento y á la desesperación deparando un medio purificante y consolador.

Pero ¡qué medio tan sábio, tan poderoso, tan eficaz y tan prudente! ¡La confesión! ¡y la confesión secreta! ¡y una confesión cuyo sigilo no puede quebrantarse por inmenso que fuese el bien que proviniera de su infracción ó el mal que resultara de su integridad (**)! Cualquiera otro medio que se hubiera excogitado para realizar el consuelo del culpable, hubiera sido impotente. Mas: la confesión misma es impotente, si esta confesión no es la que instituyó Jesucristo. Si la confesión no fuera *explicita*, el culpable no arrojaría completamente de sí la espina que punza su corazón. Si

(*) «Si autem nemo esse sine peccato potest, et quisquis inculpatus se esse dixerit, aut superbus, aut stultus est, quam necessaria, quam benigna est divina clementia, quæ cum sciat, non deesse sanatis quædam postmodum vulnera, dedit curandis denuo sanandisque vulneribus remedia salutaria!» (*Lib. de opere et elemosynis*, num. 3).

(**) La tolerancia que la Reforma inspira á los Gobiernos impulsó al británico poner en prisión á los sacerdotes católicos que se negasen á infringir el secreto de la confesión.

no fuera *secreta*, no sería perfecta su quietud, puesto que concebiría el temor de la justicia humana (*). Si no la acompañara *el perdón*, no sería completa su alegría, puesto que continuaba pesando sobre él la amenaza de la justicia divina; y si no la siguiese *la penitencia y la satisfacción*, no sería tan tranquilizadora, puesto que es natural al hombre á quien se hace algún beneficio concebir una generosa inquietud hasta que de alguna manera muestra su agradecimiento.

Tenemos otro motivo de la necesidad de la confesión, y es que el perdón de la culpa presupone el arrepentimiento; y como los ministros que Dios ha elegido para juzgar en este tribunal no saben lo que pasa dentro del corazón, «para mostrar uno que se arrepiente, dice el mismo Voltaire, es necesario que empiece por confesarse.»

Esto sentado, nada más dirémos acerca de la influencia benéfica y consoladora de la confesión. ¡Que no pudiéramos extendernos examinando y recorriendo todos sus ventajosos efectos y resultados morales y sociales! Un protestante mismo, Fitz William, ha creído imposible establecer la virtud, «la justicia y la moral sobre principios algún tanto sólidos «sin el tribunal de la Penitencia (1).»

La misma impiedad no ha podido menos de confesar la grande influencia de la confesión católica en la represión de los crímenes, ya reparándolos, ya previniéndolos y evitándolos. «No hay acaso, dice Voltaire (2), institución más sábia que la confesión. La confesión es una cosa excelente, «un freno del crimen... muy buena para compeler á los corazones rencorosos á perdonar, y obligar á los ladrones á devolver lo que hubieren usurpado al prójimo.» «Por manera, dice otro sofista (3), que los enemigos de la Iglesia romana (nótese), pronunciándose contra una institución «tan útil, parece han querido quitar á los hombres el freno

(*) La Iglesia católica también ha admitido, ó disimulado al menos, la confesión pública, como consta del ruidoso suceso ocurrido en tiempo de Nectario patriarca de Constantinopla, referido por Sócrates y Sozomeno, causado por una imprudente ligereza, y del cual se ha abusado para apoyar opiniones contrarias á la práctica universal, al dogma y á la historia.

(1) *Cartas de Ático*.

(2) *Cuest. enciclop.* artículo *Cura de aldea*.

(3) *Annal. de l'Empire*, citado por Feller, *Catecismo Mosóico*, tomo 4.

«mas poderoso contra sus excesos.» «¡ Cuántas restituciones, exclama Rousseau (1), cuántas reparaciones se han hecho entre los católicos por la confesion!»

No nos empeñarémos en presentar la accion dignificada de un Sacramento que refrena el vicio y fomenta la virtud; «de ese gran muro, como dice el Sr. Mazo (2), que defiende á todas las virtudes de todos los vicios, y que forma dentro de su recinto los justos.»

¿ Creerá cualquiera que una institucion tan regeneradora del hombre en el órden moral y social seria respetada por la Reforma, que tantas pretensiones ostenta de restauradora y civilizadora? Nada menos que eso. Enemiga ella (y enemiga hipócrita y á ciencia cierta, lo que hace mas enorme su crimen) lo mismo de la dicha del hombre que del bienestar de las sociedades, y mas decidida y osada en el particular que su autor Lutero, que «preferia, dijo una vez, consentir la tiranía del Papa que la abolicion de la confesion,» la borra con mano tan sacrilega como inhumana del catálogo de los Sacramentos, apellidándola *invencion de verdugo* (3). Y ¿qué sucedió? Sucedió que tanto se multiplicaron los crímenes, que se vieron precisadas las ciudades luteranas (4) á representar á sus soberanos, suplicándoles que restableciesen la confesion. Y el autor del *Cuadro de los Santos* no se ruboriza de decir que la confesion auricular deprava las costumbres, y que estas han mejorado allí donde fue abolida (5). Por fortuna le contradicen los mismos protestantes (6). Sucedió que hechos astillas los confesonarios, que eran un freno del crimen tan suave como poderoso, se tuvo que apelar al rigor de los códigos y á la fuerza de las bayonetas; y aun esto no es suficiente, porque, como dice Rousseau, «el verdugo no basta para todo (7).» Y, en fin, hubiera sucedido, segun observa muy oportunamente el P. Ventura de Ráulica (8), «que si un resto de tradiciones y de costumbres católicas escapado milagrosamente de los estragos de la

(1) *Emilio*.

(2) *Catecismo explicado*.

(3) *Catecismo de Berna*.

(4) Nuremberg: Strasburgo quiso hacerlo tambien.

(5) Citado por Bergier, *Tratado histórico*, tomo 2, pág. 666.

(6) *Apologia de los católicos*, en Bergier, *ibid.*

(7) *Emilio*.

(8) *Conferencias*.

«herejia, no hubiera sostenido en ellos un resto de fe y de moral cristiana que sirviese como de dique á este torrente de licencia y de anarquía, la abolicion de la confesion hubiera concluido con el Cristianismo y la civilizacion en aquellos países.» Y ved aquí que estos hombres, animados de bajas y miserables pasiones contra el verdadero Cristianismo, se vieron obligados á buscar en medios difíciles y violentos lo mismo que perdieron en los sencillos y fáciles que repudiaron: hé aquí que por huir de la *carnicería de las almas* (1), tuvieron que apelar á la carnicería de los cuerpos. Leibnitz á pesar de ser protestante confiesa ingénuamente, «que sin el Catolicismo, hubiera desaparecido por completo el Cristianismo de los países reformados.» Efectivamente, esa hermosa conciencia pública que de antemano habia ya creado el Catolicismo, esos sublimes principios é ideas, parto suyo, contra los cuales se estrellan los ímpetus del Protestantismo, evitaron en muchas épocas aquella catástrofe.

Una experiencia funesta corrobora la verdad de que en la ciencia de dirigir al hombre moral y social, en la de gobernar los pueblos y conservar el órden, no hay mas que dos medios contrarios, ó el suave de la Religion, ó el vigoroso de la ley; el confesonario ó el calabozo; el sacerdote ó el verdugo. Para nosotros no es en verdad muy dudosa la eleccion. Solamente los hombres enemigos de la civilizacion y de la virtud pueden optar por el medio de la fuerza, que es el menos represivo, eficaz y poderoso cuando las sociedades cristianas se hallan en su estado normal; solamente los hombres enemigos de la sociedad pueden optar por el medio que la constituye en un estado violento y agitado, en el cual, aun tal como es, no puede sostenerse sino por el terror del patíbulo: y por último, solamente los enemigos de la humanidad pueden desear que se derramen torrentes de sangre para lavar unos crímenes que pudieron prevenirse con solo hacer derramar de cuando en cuando algunas lágrimas. Cierto es que los católicos no reprueban, y menos hoy, los medios físicos de represion, pero á pesar suyo, y porque ven que desgraciadamente los hace necesarios y hasta urgentes el inseguro órden social.

Algunas comuniones protestantes, sin embargo, han querido tener su confesion: tal es la confesion sueca, si puede

(1) Sabido es que así llamaba Calvino á la confesion católica.



llamarse así un acto en que el penitente no se acusa ni profiere una palabra, y tal apellida el Anglicanismo esa su farsa sacrilega y ridícula, reproductiva de la de los antiguos herejes llamados Oyentes, en la cual no hay forma de juicio, en que el ministro se burla del penitente, el penitente del ministro, y ambos de la palabra de Dios; en fin, en que no podemos concebir que haya una persona instruida y despreocupada que al verlo no deponga la serenidad. Sin duda que esta confesion satisfará y consolará mucho á aquellos penitentes que tengan la conciencia llagada. Los mismos obispos anglicanos hicieron en secreto á madama la Princesa de York la apología de la confesion católica.

En cuanto al Filosofismo, así como no tiene consuelos ni esperanzas para la virtud aflagada, tampoco los tiene para la culpa arrependida. Pero bien que ni arrependimiento tiene para la culpa, porque ante sus ojos torpes y soeces no hay virtud ni vicios, ni mérito ni demérito, ni otra vida ni Dios: y ¡ay! ¡cuánto sentirán sus desgraciados prosélitos no poder negar otras dos cosas que les estorban sobremanera... la conciencia y la muerte (*)!

(*) Puesto que la mayoría de los protestantes hace datar del siglo XIII y concilio de Letran la *invencion* de la confesion auricular, y que otros la hacen subir cuando mas á los siglos IV y V, harémos una compendiosa reseña de los que han escrito sobre ella, suponiéndola todos establecida de antiquísimo. Empezarémos una marcha retrógrada. Concilio III de Letran. El venerable Pedro de Blois, Ricardo de San Víctor, Hugo de San Víctor, Godofredo de Vendôme, san Anselmo, Ivon de Chartres, san Bernardo, san Pedro Damiano, Teofilacto, Reginon abad de Brun, Rodolfo de Flaviac, Jonás obispo de Orleans, Rabano Mauro, el concilio II de Chalons, concilio de Pavía del año 850, el concilio de París, año 829, el venerable Beda, Paulino patriarca de Aquileya, Teodulfo obispo de Orleans, Alcuino, concilio de Kent en Inglaterra, Eyberth obispo de York, Crodogan obispo de Metz, Isaac obispo de Siugon, Historia de Hincmaro de Reims, san Gregorio el Grande, san Leon papa, san Agustín, san Jerónimo, san Ambrosio, san Juan Crisóstomo, san Basilio, san Atanasio, san Gregorio Nazianceno y el Niceno, san Paciente, Lactancio, san Hilario de Poitiers, san Cipriano, Tertuliano, Orígenes, san Ireneo, san Clemente discípulo y sucesor de san Pedro; y por último los confesonarios hallados en las Catacumbas. Esto no es mas que un ligero bosquejo del poderoso muro en que se estrella la calumnia protestante. Pero los mismos protestantes y filósofos han hecho la apología de la confesion secreta; entre otros: Rhenanus, Lutero, Calvino, Melancton, Cramner, Brytschneider, Smith, Kireoff, Chilmgvorkh, Gibbon, Leibnitz, Wivel, Fitz William; el catecismo calvinista de Ginebra, el libro de oraciones, ritos y ceremonias de la Iglesia anglicana. Sofistas: Rousseau, Voltaire, Cerutti, Marmontel, Raynal, lord Byron, el célebre converso Chateaubriand, y por último los mismos sansimonianos.

§ IV.—Eucaristia-Comunion.

El plan que nos hemos propuesto tampoco permite extendernos demasiado en este Sacramento de Sacramentos, en este compendio de las maravillas de Dios, como le llama el Profeta.

Los sacrificios han sido conocidos y practicados en todos los tiempos y en todos los pueblos que han existido, como ya dijo Ciceron, y entre tantas y tan distintas religiones confiesa Voltaire (1) «no haber ninguna que no haya tenido por objeto principal la *expiacion*, habiendo reconocido «siempre el hombre que tiene necesidad de clemencia,» lo cual es una prueba evidente de la prevaricacion adamítica.

¿Quién podrá bosquejar siquiera las satisfacciones, las dulzuras, las alegrías y demás benéficos efectos de la Eucaristía como sacramento?

«La Eucaristía, dice el P. Ventura de Ráulica (2) reasumiendo sus sábias conferencias sobre esta materia, la Eucaristía, en armonía perfecta con la razon, ilustrando la razon la eleva, en armonía perfecta con nuestra pobre naturaleza, satisfaciendo sus mas imperiosas necesidades y «sus mas nobles instintos nos coloca en nuestras relaciones «naturales y perfectas con respecto á Dios, y en armonía «perfecta con toda la Religion completando su dogma, su «culto y su moral, la persuade, la hace amar, y la hace practicar. Así, pues, la Eucaristía es el misterio mas razonable, el mas natural y el mas fecundo; es el sosten de la fe, «el apoyo de la esperanza y el fuego del amor; es la escuela «de la oracion, el alimento del fervor, el origen de la pureza, las *delicias del alma cristiana*, el escudo contra las tentaciones, la muerte de todos los vicios, y el gérmen de todas las virtudes, el remedio de todas las flaquezas, el lenitivo de todas las penas de la vida, la fortaleza única y «el verdadero consuelo en las angustias de la muerte, y la «prenda de la bienaventuranza (*).» *Pignus futurae glo-*

(1) *Ensayo sobre la historia general y sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, citado por Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Expiacion*.

(2) Parte 3 de *la razon filosófica y de la razon católica*.

(*) Son dignas de leerse las conferencias de este orador sobre la Eu-

ria. Por eso decia santa Teresa de Jesús con tanta gracia como oportunidad, «que su divina Majestad pagaba bien «la posada al que le daba buena acogida.»

Nos parece tener razon para creernos dispensados de probar que la Eucaristía dignifica al hombre, que es otro de los objetos del exámen que hacemos del Catecismo católico. Ella comunica á nuestro ser, como dice Bossuet, las cualidades divinas de Jesucristo, lo cual es, á no dudar, la mayor dignidad á que el hombre puede llegar.

Las ventajas sociales por lo que refrena el vicio y mueve á la virtud son tan resaltantes, que la incredulidad misma las ha confesado. «Ved aquí, dice Voltaire (1), á unos hombres que reciben á Dios en su pecho en medio de una creencia augusta, y á la claridad de cien luces, despues de una música que ha enajenado sus sentidos y al pié de un altar radiante de oro. Su imaginacion está como subyugada, «apenas se respira, el hombre se ha desprendido ya de todos «los bienes terrenos, y está unido con Dios que está en nuestra carne. Despues de esto, ¿quién se atreverá ó podrá cometer, ni aun de pensamiento, una sola culpa? Imposible «fuera imaginar un misterio que contuviese mas fuertemente á los hombres en la virtud.» Este sofista tambien oía misa y comulgaba en Ferney; y creemos que jamás se quebrantó mas de plano el precepto *nolite sanctum dare canibus*, que cuando Voltaire comulgaba. ¡Qué hipocresía tan sacrilega!

Chateaubriand, de quien tomamos la cita anterior, dice antes de ella (2), «ser la comunión tan favorable á las costumbres, que con solo llegarse dignamente el hombre al «sacramento de la Eucaristía una vez tan sola al mes, sería «precisamente el mas virtuoso de la tierra. Trasládese, prosigue, este razonamiento de lo individual á lo colectivo, de «un hombre á un pueblo, y se verá que la comunión es una «legislacion entera (*).»

caristía, acerca de la cual discurre bajo el triple aspecto de misterio, sacrificio y sacramento, considerándola en sus armonías con la razon, con la naturaleza y con la Religion.

(1) *Cuestiones sobre la Enciclopedia*, citado por Chateaubriand, *Genio del Cristianismo*, «De la Comunión.»

(2) *Genio del Cristianismo*, ibid.

(*) Ved cómo Fitz William, autor de las *Cartas de Ático*, discurre sobre la materia:

«Todos los pueblos tienen su religion y sus leyes: su religion para

El corazon de todo hombre de bien amante de su dicha, de su dignidad y de la civilización y felicidad de su patria, fluctúa entre la compasion generosa y el desprecio é indignacion merecida hácia esos hombres de quienes con tanta ligereza ó con tanta malicia se hace datar lo poco que la civilización moderna tiene de verdadero con lo mucho que tiene de falso (aunque de falso nada tiene á los ojos de aquellos que tan extraños y extraviados puntos de partida bus-

«inculcar la virtud y la moral, y sus leyes para castigar los crímenes. «En esto los católicos romanos y todos los demás se proponen un mismo fin. Pero solamente la religion católica tiene leyes de una autoridad mucho mas imperiosa, y acerca de las cuales no hay arte ni sofisma que puedan causarnos ninguna ilusion; leyes establecidas no solamente para inspirar amor á la virtud y á la moral, sino tambien para «obligarnos á seguirlas; leyes que no se limitan á castigar los crímenes, sino que además los previenen. Consisten estas leyes en la obligación que imponen á todos los católicos de comulgar al menos una vez al año; en su veneracion por este Sacramento, y en la indispensable y rigurosa preparacion para recibirlo; ó en otros términos, en su fe en la presencia real, en la confesion, la penitencia, la absolucion «y la comunión. Puede decirse que en los Estados católicos toda la economía del órden social gira sobre este polo, y que á él son deudores de su «solidez, de su duracion, de su seguridad y bienestar... Tal es, tal ha sido «siempre hace diez y ocho siglos la doctrina fundamental é inimitable «de la Iglesia católica. Si se dice que sus hijos son malos y perversos, «á pesar de los lazos con que ella procura encadenarlos y los deberes «que les impone, ¿qué no podrá decirse de los hombres á quienes no «ligan estas saludables trabas? Los habitantes de la mas feliz y floreciente monarquía que brilló jamás sobre la tierra (Francia) las sacudieron de repente; pero ¿cuáles fueron las consecuencias? No teniendo ya aquellos desventurados insensatos freno que los conteniera, se atrevieron á todo, y sus crímenes, como un mar que se desborda «rompiendo los diques que solo Dios puede restablecer, causaron un «atroz sacudimiento en Europa é inundaron el mundo...

«Para fallar en cualquiera cuestion de una importancia general es «conveniente y necesario tomar por base sus efectos generales. Esto es «lo que yo he hecho. Pero ¡ay! es tal la fragilidad humana, que seguramente no todos los católicos se aprovechan de las ventajas que se les «ofrecen. Si nadie se apartara de ellas, la cuestion no versaria ya sobre «cuál es el mejor de los gobiernos sino mas bien en un gobierno «constituido con las formas católicas. ¿De qué otras leyes hay necesidad? Acaso serian en él supérfluas todas las leyes humanas, y tan inútiles como son impotentes en todas las partes donde la religion católica no «las sirve de fundamento.

«Cuanto acabo de decir en favor de los Gobiernos católicos, debe entenderse bajo el punto de vista político. Sin embargo, no puedo prescindir de preguntarme á mí mismo si una religion que contribuye evidentemente á la felicidad de los hombres de una manera tan sólida y «admirable, no es una religion divina en todo cuanto prescribe.»

Remitimos otra vez á los lectores que quieran ver con toda claridad la influencia moral, política y social de este augusto misterio á las *Conferencias* del P. Ventura.

can en el orden de las cosas), hácia esos hombres, repetimos que en su mision antireligiosa y antimoral, so pretexto de reformadora, no perdonaron la sublime institucion de este Sacramento; ni con ella la dicha, la paz, la alegría y la dignidad del hombre, la moralidad, la consistencia y la felicidad de las sociedades, ni la prenda de la resurreccion futura y de la inmortalidad gloriosa (1).

Sacrificio. Para Lutero la misa no era, segun le dijo el diablo (2), mas que una abominacion superior á toda abominacion. Para su digno graduante Carlostadio, era una simple figura; esto mismo era tambien para el cura Zuinglio, y lo corroboró con pruebas que le inspiró en sueños un fantasma blanco ó negro (3), pues confiesa que ignoraba su color: y Calvino, otro de quien se hace datar la época de la desprecupacion, y del *prudente y sábio desprecio de las supersticiones*, no dudó dar crédito á aquellas visiones fantasmagóricas de sus colaboradores. En el Catecismo de Berna se enseña que la misa es una *idolatría*, y la Comunión un *festín de caníbales*.

La religion protestante, si bien se considera, es una quimera; las religiones gentílicas, aunque falsas y muchas de ellas atroces, eran y son sin embargo religiones, porque el Dios estaba presente, y los sacrificios eran reales; pero los protestantes sacramentarios son tan insensatos como impíos al llamar religion á un culto cuyo Dios y cuya víctima del sacrificio están ausentes; porque sin víctima no hay sacrificio, sin sacrificio no hay culto, y sin culto no hay religion (*). Y aunque los luteranos admiten la presencia real,

(1) «Habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.» (Joan. VI, 55).

(2) *Obras de Lutero*, citado por Bossuet, *Historia de las variaciones*, lib. IV; Audin, *Vida de Lutero*, etc.

(3) Bossuet, *ibid.* lib. II, cap. 27.

(*) «Negar la presencia real y por consiguiente el sacrificio de la Eucaristía, es quitar á la religion cristiana, que desecha toda especie de sacrificio, la única ofrenda latéutrica, exterior y sensible que hace á Dios; la expresion pública mas augusta y mas solemne del culto; es quitarle todo sacrificio, es hacerle inferior al Paganismo, porque todos los pueblos paganos de diferentes maneras han sacrificado siempre y en todas partes y sacrifican aun. No se encuentra una nacion tan bárbara ni una tribu tan salvaje en todo el mundo que, como el mismo Ciceron lo habia notado, no haya practicado el sacrificio en la persuasion de tributar de este modo un culto á la Divinidad para obtener el perdon y las gracias del cielo para los vivos y el alivio y el socor-

sin embargo con su *empanacion* y sus diversos modos de *empanacion*, hacen desaparecer el dogma, y solo queda una opinion que vale muy poco mas que la de aquellos. Belarmino cuenta cerca de doscientas interpretaciones diversas dadas á las palabras de la consagracion por los protestantes empanadores, figuristas ó signistas. No es en su virtud necesario ponderar el prestigio ni el valor é influencia moral que ante ellos puede tener, ni el respeto que á ellos puede inspirar una institucion que tanto desacreditan con sus innumerables modificaciones y variaciones; una institucion que, considerada como sacrificio, no es en su concepto otra cosa que un ardid de especulacion inventado por los católicos.

«Se ha pretendido atribuir á causas naturales, al país ó «clima, v. g., el aspecto glacial y sombrío de los pueblos protestantes, que contrasta tan notablemente con la alegría «que se observa en los pueblos católicos; pero la causa real «y verdadera es la ausencia de Jesucristo de sus templos (1).» «Y ¿qué quereis que suceda? pregunta el célebre orador de quien copiarémos aun algunas palabras. «Extraviados por ciertos infames blasfemadores de ayer, y «habiendo tenido el triste atrevimiento de negar bajo la autoridad exclusiva de ellos la fe de todos los siglos cristianos en la presencia real, y de dar un solemne mentís al

«ro para los muertos. Pues bien: una creencia tan antigua, tan constante y tan universal, practicada por los hombres de todos los tiempos y «de todos los lugares con una conformidad tan maravillosa, no es ni «puede ser sino un dogma primitivo y tradicional que procede del sentimiento íntimo y de la naturaleza misma del hombre; de modo que «los paganos mismos que no separan jamás la religion del sacrificio, ni «conciben la religion sin sacrificios, á pesar de que desfiguran y deshonran la práctica del culto con errores groseros y con abominables «supersticiones, no por eso dejan de tributar homenaje á su principio. «ni dejan de manifestar una razon mas sábia y un principio mas recto «relativamente á la religion que los herejes y los filósofos. Pero ¿qué digo «los paganos? El mismo Satanás parece que convence de inconsecuencia y de sacrilegio á todos los que niegan el sacrificio eucarístico de la «Iglesia; porque Satanás al hacer que se le ofrezcan continuos sacrificios por los pueblos que tiraniza y que le adoran como á su verdadero «Dios, *Dii gentium demonia*, confiesa por el mismo hecho y anuncia al «mundo, dice san Agustin, la necesidad de un sacrificio permanente «para el culto del verdadero Dios, y predica al mismo tiempo la verdad «de que no hay religion sin sacrificio.» «Nec ob aliud fallaces illi demones sacrificia sibi exigunt, nisi quia vero Deo deberi sciunt.» (Padre Ventura, *Conferencia XX*).

(1) *Confesion sacramental, sermones de la Eucaristía, etc. Conferencias.*